



Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"



1º PREMIO PROSA 1.987

SU PRIMER CARNAVAL

Todavía recuerda aquella tarde fría en la que por primera vez alguien le sacaba de la mano para ver algo que le iba a resultar distinto, y ello aun sabiendo que en la niñez ver volar ya es novedad. Había notado, desde luego, que el ambiente no era el mismo, y que incluso las calles se encontraban especialmente llenas de gente, pero de una gente que parecía no ser ella con esos disfraces, pero que, luego lo aprendería, era más ella que en cualquier época del año.

Le gustaba ver los tenderetes que se alineaban por todos lados, repartiendo fantasía que no duraba más de una tarde, pero al fin y al cabo es que eran fantasías. Había ya recorrido cientos de metros y le parecía divertido, nuevo, diferente. Oía voces afinadas y personas que cantaban y, en su mente infantil, se dibujaba ya la esperanza de poder algún día ser como ellos, aunque, en realidad, todavía, esa mañana se lo habían dicho, "no era más que un niño", y para él quedaban lejos ciertas cosas que el tiempo le acercaría.

No taba que no sentía cansancio, que caminaba absorto, tanto que notó que su mano no tocaba nada y que, en efecto, se había perdido de aquel que le acompañaba. No reaccionó como los de su edad. No buscaba ansioso y desesperado la presencia de un adulto, Sabía, como puede saber un niño, que había algo de providencial en ello, y, aunque titubeó, pronto adquirió una careta de esas que había visto y que le parecían lejanas, imposibles. Se la puso y quiso participar de la fiesta, y olvidarse de que estaba catalogado como niño, riendo, saltando y mirando lo que su ciudad, transformada, le ofrecía. Y todo ello hasta desfallecer, perdido y sin preocuparse de que otros estuviesen preocupados por él. Aquello era demasiado maravilloso para marcharse.

Había leído ya libros de aventuras, de sueños y de ilusiones, y le parecían remotos, ahogados en lo imposible de un duende parlante o de un trueno viviente. Y ahora se había encontrado con que existía eso que los mayores denominaban Fantasía, y que bastaba pedirla para que llegara a su alma de niño.

El sol le indicaba que todo parecía acabar. Era casi de día, y cuando el aire había vuelto a ser como antes, notó que sí, que estaba cansado y que quería encontrar el calor de alguien.

Y se marchó dejándose la careta puesta en el corazón, para que nunca se olvidase de aquel día en el que aprendió que lo imposible existe.

Todavía recuerda aquella tarde fría...

EMILIO CORTÉS BECHIARELLI